

JOSÉ LUIS ORELLA

LA LIBERACIÓN DE VIENA

Y el triunfo de la Cruz



El Imperio Otomano se preparaba para una última acción que iba a recordar los tiempos del gran Solimán «El magnífico». Si los sultanes ya se encontraban en decadencia y en manos de las triquiñuelas de sus madres y concubinas del harén, la llegada al puesto de Gran Visir Mehmed Köprülü inició desde 1656 un periodo de renovado esplendor, que inició con el fin de la corrupción, la eliminación de los opositores y el asentamiento de la autoridad en la figura del sultán, llevada por el Gran Visir. Tras su fallecimiento, le sucedió su hijo Fazıl Ahmed, quien desde 1661 hasta 1676, mantuvo esa política de renovada expansión que le había proporcionado el control de Podolia que cubría los dominios moldavos y valacos de los otomanos, desde donde mucha población había emigrado a las provincias meridionales de Polonia. A la muerte del Gran Visir en 1676, Kara Mustafa fue nombrado nuevo Gran Visir, siendo hijo adoptado por el gran Mehmed y yerno al casarse con su hija, aunque no tuviese la sangre de los Köprülü, estaba imbuido del mismo espíritu combativo de la yihad.

Kara Mustafa inició su cargo, aprovechando la muerte del zar ruso Alexis I, y la sucesión de su hijo, todavía adolescente, para atacar sus provincias ucranianas, contando con el apoyo del traidor atamán Petró Doroshenko, tomó la capital cosaca de los zaporogos, obligando a los rusos a firmar el Tratado de Radzin en 1681, donde se reconoció al río Dniéper como la frontera entre ambos imperios. Teniendo la frontera nororiental estabilizada con una victoria militar, Kara Mustafa emprendió su segundo objetivo en los Balcanes, poniéndose como meta una incursión contra la propia Viena, capital del Sacro Imperio Romano Germánico.

Kara Mustafa se puso al mando de un enorme ejército de unos 150 000 guerreros y un número indeterminado de servidores para la logística de aquella enorme masa humana, formada por contingentes de todas las regiones del enorme imperio. Turcos, árabes, húngaros transilvanos, tártaros de Crimea, bosnios y albaneses balcánicos, egipcios y nubios del Nilo se acercaron a la ciudad imperial defendida por 15 000 escasos soldados y ciudadanos vieneses.

Este reverdecimiento del expansionismo otomano favoreció las negociaciones entre Rusia, Venecia, Polonia y el Imperio en una alianza frente al enemigo común, que será la Liga Santa, bajo el auspicio del Papa Inocencio XI, aunque Rusia se sumará tres años más tarde que los demás. El Papa Inocencio XI fue quien extendió la costumbre de que los fieles asistentes a misa comulgasen, recibiendo regularmente la Eucaristía, según las condiciones estipuladas.

El emperador Leopoldo I pudo contar con buenos comandantes como Carlos de Lorena, que encontró su fortuna al servicio del Imperio, y el conde Ernst Rüdiger von Starhemberg, encargado de la defensa de la capital. Excepto la Francia de Luis XIV, aliada privilegiada del Imperio otomano desde los tiempos de Francisco I de Valois, el resto de la Cristiandad contribuyó con fondos o con tropas, como hicieron los sajones, bávaros y Jan III Sobieski, con 37 000 hombres, quién por el prestigio de sus victorias sobre los otomanos, fue puesto al mando del ejército cristiano que debía hacer frente al turco, muy superior en número.

Jan III Sobieski había sido coronado el 31 de enero de 1676, nada más ser elegido rey, tuvo que ponerse al mando del ejército para combatir a un ejército turco de 150 000 hombres junto a tártaros y cosacos. En agosto de 1675 los había derrotado ante la ciudad de Lvov, y al año siguiente, lo volvió hacer en la batalla de Zorawno. El principal hecho que había decidido a la nobleza para elegirle como rey de Polonia había sido cuando el 11 de noviembre de 1673 participó en la batalla de Chocim, consiguiendo una gran victoria como comandante en jefe del ejército polaco.

Durante dos meses Viena aguantó el fuerte sitio, los habitantes fueron movilizados en compañías procedentes de los gremios laborales. Los gremios eran hermandades que regulaban la producción y la vida de los artesanos, haciéndose cargo de sus familias, si moría uno de ellos. En el plano espiritual, las cofradías fueron el reflejo social de los gremios, y en caso de guerra, se convertían en compañías movilizándolo a sus miembros. En la cúspide de las murallas, el venerable monje capuchino, y legado pontificio, Marcos de Aviano, galvanizó la moral de los defensores con sus sermones, presentándose en las grietas de las murallas y fortaleciendo su capacidad de defensa.

Sin embargo, al amanecer del 12 de septiembre de 1683, Jan III Sobieski, rey de Polonia procedió a liderar una de las mayores cargas de caballería que se dieron en la historia, donde destacaron en vanguardia

junto a su monarca, 3000 húsares alados, denominados así por sus adornos con plumas en la coraza de la espalda, aparentando alas. La carga de los húsares alados polacos será protagonista con el resto de las formaciones de caballería que desordenaron las filas otomanas y permitió la gran victoria de Kahlenberg del 12 de septiembre. El cerco estaba roto y el campamento turco fue saqueado por las tropas cristianas. Jan III Sobieski expresó sus cesáreas palabras, cristianizando las que dijo Julio César: «Venimus, vidimus, Deus vicit». Aquella carga de miles de jinetes posteriormente inspiraría a un inquieto joven sudafricano J. R. R. Tolkien la carga de los Rohirrim en *El Señor de los Anillos*.

En el campo cristiano, una de las compañías que destacaron al taponar una de las grietas de las murallas fue la del gremio de panaderos y pasteleros. Estos artesanos fueron los que celebraron la victoria de Kahlenberg, con un pastelito en forma de medialuna, el símbolo que los turcos adoptaron del fenecido Bizancio. El halbmond se convirtió con el tiempo en croissant, y su degustación era la del símbolo turco. En su compañía se añadió un nuevo bebedizo. En el campamento turco se encontraron sacos de café etíope que fueron usados dando fama a una nueva bebida, que, por su color, similar al hábito de los capuchinos, se denominó como tal, para honrar al padre Marco de Aviano.

Semanas después, el perdedor Kara Mustafa será ejecutado en Belgrado, por estrangulamiento con un pañuelo de seda, como era menester por su alta condición de Gran Visir. Sin embargo, la derrota turca tendrá trascendencia, iniciando una decadencia que irá cobrando fuerza hasta el desmoronamiento final del Imperio Otomano en los Balcanes a principios del siglo XX.

Por el contrario, los cristianos mantuvieron su ofensiva por la cuenca del Danubio y el 2 de septiembre de 1686 los imperiales, junto a 300 voluntarios españoles encabezados por Manuel Diego López de Zúñiga, Duque de Béjar, entraron en la liberada ciudad de Buda. El avance de los imperiales consiguió la liberación de los territorios húngaros, incluso del propio principado de Transilvania. Entre los comandantes germanos destacará por su increíble fuerza Friedrich August von Sachsen, príncipe elector de Sajonia, quien pronto será partícipe de la historia de Polonia como monarca. La Paz de Karlowitz del 26 de enero de 1699 en la ciudad de Karlowitz entre la Santa Liga y el Imperio otomano, reconoció la entrega al Imperio de Leopoldo I de los antiguos dominios pertenecientes a la corona húngara; la Dalmacia, Morea y algunas islas cercanas a Venecia, el acceso al mar de Azov a Rusia, mientras la Podolia y los territorios occidentales ucranianos ribereños al Dnieper (Prawobrzeżna Ukraina) fueron recuperados por Polonia.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura